



**Rafael Gómez Pérez:**  
nació en Huelva el 5 de marzo de 1935  
(Su madre era alosnera).



Estudió en el Colegio Colón de los Hermanos Maristas.

Cursó Derecho y Filosofía, doctorándose en las dos materias, en las Universidades de Sevilla, Barcelona, Navarra y Roma.

Ha sido profesor de Antropología cultural en la Universidad Complutense y redactor-jefe del diario *Expansión*.

**Ha publicado más de noventa libros** de filosofía, historia, ética y creación literaria.

En su libro **Huelva Lejana y Rosa**, relata unos capítulos de su estancia en nuestro pueblo de **Alosno**.



RAFAEL GOMEZ PEREZ

# HUELVA, LEJANA Y ROSA

Relatos de infancia y adolescencia



INSTITUTO DE ESTUDIOS ONUBENSES  
PADRE MARCHENA

...Del libro "HUELVA LEJANA Y ROSA" Relatos de infancia y adolescencia; escrito por RAFAEL GÓMEZ PÉREZ y publicado en 1974.

## PRIMERA PARTE (1935-1944)

### Capítulo 3.- Alosno en el recuerdo

Desde 1926, la familia iba a Alosno, por primavera, a pasar una temporada. Alosno es el pueblo de mi madre, Carmen Pérez Peral. Todo empezó con una bronquitis de mi hermana Carmela. En Huelva no se curaba y se pensó que el clima de Alosno, que es sierra, le probaría bien.

No recuerdo las veces que fui, salvo una, en 1941, cuando tenía seis años. A partir de entonces ya no fuimos más.

Mis recuerdos alosneros empiezan con el viaje: el autobús dando tumbos por una carretera pésima. Por fin se llegaba a la calle donde vivíamos, la calle Real que "con sus esquinas de acero, es la calle más bonita que rondan los alosneros". En la calle Real vivía también el tío Pedro; un poco más abajo, el tío José, que tenía una huerta y un trigal y un poco de pinos.

Con mi madre y mis hermanos, yo iba muchas veces al valle de las Tapias o valle Las Tapias, porque en Huelva nos solíamos comer esos "de" que poca falta hacen. Recuerdo el sitio como un pequeño paraíso: jara, romero, tomillo, poleo, adelfas; un arroyo entre grandes piedras grises, que serían pizarras. Por desgracia en aquel paraíso había también serpientes (de agua). Fue mi primer encuentro con la bicha, enemiga del género humano y, en particular, de los andaluces.

"¿Te acuerdas del valle Las Tapias?", me ha escrito mi madre treinta años después. "A mí me gustaba mucho ir allí, a hacer el café y merendar. Fuimos muchas veces, porque estaba cerca de la calle Real. Por una bocacalle estrecha se salía al Campillo, donde había un molino viejo. Torciendo hacia la izquierda, después de un trecho, empezaba el valle, con un arroyo de agua clarísima y muy rica, que saltaba sobre piedras blancas, no muy altas".

"A la derecha, los mismos peñascos formaban una pared; detrás, todo era huerta. A la izquierda, un pinar muy grande, en declive hacia el arroyo. Las adelfas, por entonces, florecían. Se olía a poleo, a pino. Muchos pájaros bebían y se bañaban en el arroyo, como si tal cosa".

"Mi prima Manuela, unos quince años mayor que yo, nos acompañaba siempre. Parece que la estoy viendo: alta, vestida de negro, delgada, un pañuelo en la cabeza y un mantón de pico. Debajo del mantón traía una cafetera de lata. Se presentaba en casa a eso de las tres, como una sombra. Yo tenía todo preparado y poco a poco, sin prisas, llegábamos al valle. Descansábamos un rato y a la hora de merendar mi prima Manuela se quitaba el mantón y, acompañada de tus hermanas, iba al pinar, a buscar leña.



Mientras yo, a vosotros, los más pequeños, os entretenía".

"No sé si era la leña de pino o el agua; o la leche, que era pura de cabra, que pastaba en el monte. Nunca me ha sabido el café con un sabor tan rico como el del que tomábamos en el valle Las Tapias".

Se estaba en Alosno desde el principio de la primavera hasta junio. En aquellos meses caían fiestas grandes: La Cruz de Mayo, San Juan, el Corpus.

El tres de mayo íbamos a las casas que tenían "puesta" la Cruz, adornada con flores, bandejas de plata y mantones de manila. La Cruz, al fondo; a los lados, dos hileras de sillas, donde se sentaban las mujeres. Allí acudían los mozos para sacar a bailar a las muchachas: sevillanas y fandangos.

En las cruces de mayo, cuando ya la primavera había triunfado en el campo, empezaba el itinerario de los enamorados. En las cruces de mayo podían suceder desgracias como esta: que un mozo, a la vista de todos, invitase a una muchacha a bailar y ella dijera "no quiero". El desenlace del desengaño público podía ser una pública borrachera de aguardiente.



Y llegaba San Juan, solsticio de verano, con su pequeña tradición pagana. La primavera está cumplida; la vida, inquieta. En Alosno, la noche de San Juan es la noche del Pino. Lo recuerdo al final de la calle Real, muy cerca de mi casa, alto, arrancado del campo y plantado en el empedrado. Se encendían hogueras. Las coplas del Pino se cantaban sólo aquella noche, con una tonadilla vieja de siglos.

Se bailaba en corro, alrededor del pino, a la luz de las fogatas. Las evoluciones del corro hacían que, en algunos momentos, se dieran la cara muchacho y muchacha, ocasión rápida para una declaración de amor. En otros momentos se daban la espalda, gesto leve para que ella pudiese, si quería, contestar "no quiere", reanudando en junio las calabazas de mayo.

Amores aceptados y amores no correspondidos. Estos se ahogaban en aguardiente o en el gesto violento de echar abajo el pino...

...En las fiestas del Corpus, esperaba yo ansioso que pasara la procesión. Las calles habían sido alfombradas, no con finos tapices de flores, como en otros pueblos y ciudades de España, sino con yerbas del monte: con juncia, tomillo, poleo, retama. Por el aire subía un olor caliente a campo, un polvo agreste, que casi mareaba.

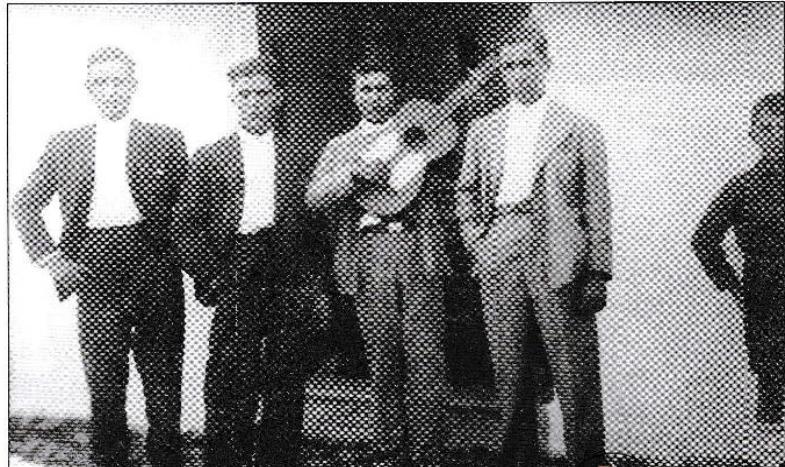
Cuando la procesión pasaba, los niños éramos dueños de la calle. Hacíamos grandes montones de juncia, al lado de las casas bajas. Y nos tirábamos desde las ventanas o desde el tejado, para ser recogidos en aquellos lechos olorosos, en los que nos hundíamos gritando...

El autobús -tumbos en la carretera- me devuelve de nuevo, a finales de Junio, a Huelva. Pero ya estaba vacunado de romero, de orégano y tomillo, de juncia y de vida.

#### CAPÍTULO 4.- Que las estrellas van altas

En Alosno, a los seis años, me embobaba con el fandango. Después, gracias a mi madre, que ha conservado en su memoria tantas letras, he visto que el fandango es trasunto de una cultura autónoma, expresión directa de alegrías y de tristezas, de sentimientos vividos hasta el fondo.

Los fandangos nacen de la vida alosnera, por obra de una facilidad natural y de un buen humor serio y antiguo. "No sé si te acuerdas -me escribe mi madre-, de mi tío Pedro, que vivía en la calle Real dos o tres casas más arriba de tío José. Era muy alto. Muchas veces nos traía cargas de jara, para la chimenea, y se sentaba con nosotros a tomar el café. Él se encargaba de hacer las tostadas, que se daba muchas trazas. Estaba casado, pero no tenía hijos. Le gustaba mucho ir de cacería. Una vez, estando con un amigo, habían planeado salir al día siguiente. Pero no quedaron muy de acuerdo sobre dónde irían, porque el otro tenía prisa y le dijo: "Bueno, ya te avisaré por la noche". A



median noche, el amigo se dio cuenta de que todavía no había avisado al tío Pedro, pero no le pareció bien, por no molestar, entrar en su casa tan tarde. Cuando estaba en el umbral de la puerta, dudando si entraba o no, vio venir a unos mozos que, con las guitarras, estaban cantando a las mozas. Habló con ellos y les dio un recado. Los mozos se pararon delante de la puerta de tío y empezaron a tocar. Tío Pedro se extrañó, porque no tenía ninguna hija a quien pudieran cantarle. Pero puso atención y escuchó este fandango:

Que sepa Pedro Peral  
que lo espero en Los Milanos  
en la segunda ribera,  
con la escopeta en la mano.

...La mayoría de los fandangos que yo escuchaba entonces los he vuelto a oír luego, y me ha sorprendido su poesía severa y realista...

...Pero el fandango que he preferido siempre es uno que parece resumir todas las rondas, un pensamiento antiguo sobre el hombre y la noche, el pecado y el arrepentimiento:

Vámonos de aquí, galanes,  
que las estrellas van altas,  
y la luz del día viene  
alumbrando nuestras faltas  
cosa que no nos conviene.

Noches de Alosno, cuando, desde la cama, escuchaba la ronda. La música era dueña serena del aire: campaba libremente, entre la vieja tonada de siempre y la improvisación de un poeta que nunca sabría que lo era.

Tortolilla dime, dime  
dónde tienes tú la cama.  
Allá arriba en aquel monte,  
debajo de una retama.

En el monte, con la luna, las flores amarillas de la retama hacían competencia a las estrellas. Y me dormía.

*Antonio Blanco Bautista*





“Valle las tapias” cercano al  
pueblo de El Alosno





# La Cruz de mayo





# El Corpus





San Juan Bautista





*Recopilación, relato, montaje y  
diseño:*

*Antonio Blanco Bautista*



